

LAS RELACIONES PELIGROSAS: NIÑAS E INDÍGENAS EN "LA SEMANA DE COLORES" DE ELENA GARRO

Marta López-Luaces

En seis de los once cuentos que componen el libro de Elena Garro, *La semana de colores*--"Antes de la guerra de Troya," "El robo de Tiztla," "La semana de colores," "El duende," "El día que fuimos perros" y "Nuestras vidas son ríos"--los personajes principales son dos niñas, las hermanas Eva y Leli. En todos ellos la subjetividad de la niñez se construye a partir de la supuesta inocencia infantil, que a veces será también calificada como ignorancia por los adultos que las rodean, sobre todo el padre, como podremos observar en el cuento que le da título al libro, "La semana de colores". Para los propósitos de este artículo me concentraré en este último cuento.

En tanto personaje, el niño es una invención cultural, producto de la imaginación (Fiedler 6). Desde finales del siglo XVIII, Europa fue construyendo un concepto de la niñez distinto al de la adolescencia y de la edad adulta. La familia moderna trae consigo una nueva actitud hacia los niños (Ariés 15-18).¹ La industrialización, la economía capitalista, produce grandes cambios en la estructura de la familia y en la configuración emocional de sus miembros. Por un lado, la familia burguesa se aísla más y más de la comunidad que la rodea. Los padres se transforman en los únicos modelos a imitar, así los niños dependen no sólo emocionalmente, sino también para sus cuidados, su aprendizaje y bienestar. Por otro, los hijos herederos de la economía familiar deberán ser educados y preparados para mantener el nivel y el estatus familiar. Entonces, la familia burguesa se carga de una intensidad emocional que antes no tenía. Se crea así una nueva configuración emocional y con esto una nueva subjetividad (Poster 33-34).

En el México pre-revolucionario la élite también enfatiza la educación y los cuidados de los niños para crear una homogeneidad cultural, que en ese momento quería decir europea. Después de la revolución, el niño se transformará en la esperanza del mestizaje utópico de México (Franco 13). Así el presidente Las Calles llega a declarar que había que conquistar al niño a través de la educación para que se pudiera dar verdaderamente la transformación revolucionaria de la sociedad mexicana. Se prohíbe la educación religiosa y se hace un plan nacional de educación pública en la que se enseñarán los valores de la revolución (McHenry 22). Paralelamente, el sujeto del niño empieza a aparecer con más frecuencia en la literatura post-revolucionaria. Es el caso de la novela de José Mancisidor, *La rosa de las vietas*, donde se narra la infancia del protagonista, León Cardel, hasta su adolescencia, cuando se une a la Revolución. En esta novela, especie de

Bildungsroman de la revolución mexicana, tanto el pasado como el presente están en función del porvenir. La muerte de León Cardel representará entonces el fracaso del proyecto revolucionario. La niña como personaje también empieza a aparecer con mayor frecuencia en la literatura post-revolucionaria, como sucede en la autobiografía de Nelly Campobello, *Cartucho* y en *Balún-Canan*, la novela autobiográfica de Rosario Castellanos. Mientras que en la primera la niña es testigo de la revolución, en la segunda lo es de la tardía reforma agraria. A través de ellas se cuestiona la posición de la mujer y del indígena en la sociedad mexicana post-revolucionaria.

Si por un lado el discurso post-revolucionario mexicano ubicó a la "mujer" respecto al sujeto enunciativo del hombre, por otro también cuestionó el mito de la homogeneidad cultural europeizante del siglo XIX y lo reemplazó por el mito del mestizaje cultural, lo que abrió espacios a través de los cuales diferentes grupos marginales—o al menos así designados por el discurso hegemónico—pudieron proponer nuevas formas de reinterpretación y también de representación. Es así que el discurso revolucionario mexicano va marcando la identidad nacional como mestiza y varonil. La literatura de la revolución -- *Los de abajo* de Azuela o *El águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán--se adhiere a este imaginario. Como señala Jean Franco en su libro *Plotting Women Gender and Representation in Mexico*, las escritoras de la post-revolución tienen dificultades para dialogar con ese discurso nacional, ya que este discurso las relega, en tanto mujeres, a la marginalidad y al silencio (19-21). Así, el mito de la yuxtaposición de las diferentes culturas como espacio utópico donde se borrarán las diferencias de poder y autoridad revela otro tipo de opresión, la del género. La conciencia del mestizaje, gracias al discurso post-revolucionario, se entronca con la conciencia del silencio, o la mujer como símbolo de traición a la revolución. El gobierno revolucionario quiso interpretar el hecho de que un gran porcentaje de mujeres de la clase media y de la clase de los terratenientes mexicanos apoyara el levantamiento de los Cristeros en 1927 como una traición de la mujeres en general contra México (Calphín 31). Es por esto que, tanto en el discurso nacional como en la novela de la revolución, el sujeto de la mujer aparece o bien como la mujer-madre o bien como su opuesto, como símbolo de la traición, el obstáculo que el héroe ha de superar (Franco 7). Sin embargo, a diferencia de las representaciones literarias y del discurso post-revolucionario que relegan a la mujer a dos lugares tradicionales--traidora o madre--las mujeres mexicanas participaron en las diferentes gamas del proceso revolucionario, no sólo como contra-revolucionarias, sino también como soldaderas, como periodistas, como maestras y, en algunos casos, hasta como escritoras de los discursos de los líderes de la revolución (McHenry 49). Así, el lugar desde donde piensa Elena

Garro se entoca con espacios conflictivos en los que se superponen identidades y saberes centrales con otros marginales o alternativos. Los cuentos de Garro dan cuenta constante de esa disociación, de esa diferenciación, de esa mixtura. Esto crea un espacio intermedio, una conciencia de ser y no ser, parte de ese discurso nacional mexicano post-revolucionario.

En el cuento "La semana de colores" las niñas confunden los días y dicen que es viernes cuando es martes o los días se repiten, siendo jueves varios días seguidos, lo que el padre interpreta como ignorancia. Sin embargo luego descubrimos que las niñas comparten con los sirvientes y trabajadores indígenas de la casa otra concepción del tiempo que el padre ni entiende ni comparte y prefiere tachar de ignorancia. Sin embargo, es éste un nuevo conocimiento que le permite a la voz narrativa crear una relación entre visión, mitos, conocimiento y poder. Pues en este tiempo representado como mujeres-días se sincretiza el concepto del tiempo azteca, circular y femenino, con el tiempo cristiano, lineal.²

A través de la yuxtaposición de mitos mayas-aztecas con judeo-cristianos las niñas logran crear otra realidad. En la casa de al lado vive Don Flor, un shamán o brujo que tiene encerrados a los días-mujeres. En un plano simbólico Don Flor se asocia a Xochipilli, dios del amor y del placer, de las flores y de los artesanos, de la voluptuosidad y del pecado. Como ha señalado Rojas-Trempe, los días-mujeres también tienen paralelos con algunas diosas aztecas. El Viernes que defiende al Domingo de los ataques de Don Flor se asocia a la diosa Itzpapalot, que se reveló contra los dioses (142-48). A la vez también cada uno de los días se asocia con una de las siete virtudes--absténencia, caridad, paciencia, castidad, modestia, diligencia y templanza--y con uno de los siete pecados capitales--gula, soberbia, envidia, lujuria, pereza, avaricia e ira. La unión de mitos aztecas y cristianos permite a la narradora dar cuenta de una realidad en la que confluyen las tres tradiciones de las que participa la vida de las niñas. Como en el mito clásico de Pandora, la primera mujer según la mitología griega, que dejó escapar de la caja, cuyo cuidado se le había encomendado, todos los bienes y males del mundo, al final del cuento de Elena Garro, Eva y Leli se olvidan de cerrar la puerta de la casa de Don Flor y los días se escapan. Al dejar escapar los días-mujeres--los bienes y los males--, las niñas cambian la disposición del tiempo y, con ello, la realidad.

La narradora de los cuentos de Elena Garro parte del concepto de la infancia como una visión "otra", presumiblemente pura e inocente--una concepción firmemente sostenida, primero por el Romanticismo y luego el movimiento surrealista. Las diferencias culturales más las diferencias de edad y de género quedan integradas en la visión infantil.³ Como ha señalado Magdalena Maíz, Elena Garro "inscribe en su escritura un paisaje doméstico que ha dejado de ser un elemento componente del discurso y un dispositivo

estructurante para llegar a ser el vehículo del conocimiento que permite la indagación, el cuestionamiento y el desafío de la realidad cotidiana del protagonista femenino" (353). En el cuento "La semana de colores", las niñas, Eva y Leli, confunden mitos maya-aztecas, con greco-latinos y judeo-cristianos porque a través de esta mezcla se revela otro saber, que les da un tipo de poder que les permite cambiar el orden establecido por los adultos de origen europeo. Michel Foucault señala que desde finales del siglo XVIII el poder se caracteriza por su íntima relación con el conocimiento. Según Foucault, el despliegue de los diferentes mecanismos del poder y del conocimiento se realiza a través de los discursos, o lo que es lo mismo, de los diferentes modos de describir el mundo. Sin embargo, el deseo de adquirir conocimiento también parte del deseo de dominar (113).⁴ En los cuentos de Garro y, sobre todo, en "La semana de colores", se describe y se narra la relación de hermanas. A diferencia de la narración que indaga la relación entre madre e hija, o padres e hijos, en la narración que indaga la relación entre hermanas se enfatiza, por un lado, la igualdad dentro de las diferencias de cada una y, por otro, el aprendizaje de pares. A diferencia del aprendizaje que se realiza en un marco jerarquizado, ya sea por edades o por la imposición de una cultura sobre otra--, este tipo de experiencia está más cerca de vivirse como un descubrimiento compartido que como una imposición.

Esta nueva visión que permite a las niñas adquirir otro tipo de conocimiento, fuera del control de los padres, le permite a la narradora explorar y crear otros espacios de enunciación alternativos al espacio del discurso post-revolucionario. En ese nuevo espacio las niñas, los indígenas y las mujeres serían parte del discurso del centro y no de la periferia.

Las alianzas que establecen las niñas con los trabajadores y sirvientes de la casa hace que rompan con la estructura familiar burguesa y europea en la que se enfatiza la familia nuclear y que la reemplacen por un modelo donde la comunidad juega un papel de mayor importancia. Por otro lado, la dependencia tanto emocional como intelectual de los niños con respecto a sus padres se rompe, ya que la red de personajes que pueden ser maestros/as y guías es mucho más amplia.

En "La semana de colores" el padre aparece sólo una vez para regañar a las niñas por confundir los días de la semana. El padre en este cuento funciona como el rey en *Las Meninas*. Como señala Foucault en *Las palabras y las cosas*, en *Las Meninas*, el rey, aunque parece ausente, es el que dirige toda la escena. Algo similar sucede con el padre de Eva y Leli en "La semana de colores" (19). Los saberes, la visión y el comportamiento de las niñas y de la criada Candelaria se contraponen al saber, el comportamiento y la realidad del mundo adulto, central y de corte europeo representado por el padre.

A diferencia de las novelas de la post-revolución mexicana, en los cuentos de Garro las posiciones subalternas no están determinadas sólo por la ocupación, la raza, o la cultura de los personajes, sino también por el género y por la edad. Las complicidades y alianzas que se crean entre las niñas y las sirvientas no sólo tienen origen en la posición marginal que todos comparten, sino que también dan cuenta de una visión o concepción del mundo, a la que los padres, los adultos blancos--por su posición de autoridad y su cultura--no tienen acceso. La visión de la infancia como nueva, primera, fuera de la contaminación del mundo adulto, que habían promulgado los surrealistas, reaparece aquí, pero ahora cargada de una significación cultural de otredad. La yuxtaposición de las historias mitológicas abren el campo enunciativo para crear nuevos espacios desde los cuales poder hablar. En los cuentos de Elena Garro, la yuxtaposición de la tradición oral y escrita le da a las niñas un poder que permite que los personajes marginales, directa o indirectamente, impartan un conocimiento, un saber que contribuye a la configuración de un sujeto que es y no es parte del discurso hegemónico. Es por esto que, como señala Emmanuel Carballo, "con el mismo registro de voz [Garro] describe hechos creíbles y hechos que de tan improbables no son tomados en serio"(16). Los diferentes niveles de intertextualidad--el habla cotidiana, los cuentos populares, los mitos y el lenguaje poético--se yuxtaponen para crear un mundo en el que diferentes tradiciones culturales, la mujer, los niños y otros grupos marginados, tienen cabida no ya como elementos periféricos sino como sendos puntos--igualmente legítimos--de mira.

New York University

NOTAS

¹ Para un estudio más amplio de la infancia en Europa véase también los libros de Robert Coss, *When the Grass Was Taller* y para Hispanoamérica véase Carlos Cirardo, *Los niños en la ciudad de Buenos Aires (1890/1910)*.

² Ver *Los hijos del limo* de Octavio Paz, donde se analizan las diferencias entre el tiempo azteca y el tiempo cristiano y la repercusión de estas diferencias en la cultura mexicana.

³ El primer manifiesto surrealista de André Breton (*Manifiestos del surrealismo*. Trans. Andrés Bosh. Madrid: Ediciones Guadarrama, 1969) enfatiza la capacidad de los niños para ver una realidad más verdadera porque,

a diferencia del adulto, aún no están contaminados por los prejuicios de la sociedad moderna.

⁴ Michel Foucault relaciona las diferentes formas discursivas del saber con el poder. Véase el libro de entrevistas con Michel Foucault *Power/Knowledge: Selected Interviews & Other Writings 1972-1977*. Trans. and ed. Colin Gordon, Leo Marshall and John Mepham. New York: Pantheon Books, 1972, o su libro *Historia de la sexualidad. La voluntad del soberano*. Trans. Ulises Guifiza. México: Siglo XXI, 1993.

OBRAS CITADAS

- Ariés, Philippe. *Centuries of Childhood. A Social History of Family Life*. Trans. Robert Baldick. New York: Vintage Books, 1962.
- Breton, André. *Manifiestos del surrealismo*. Trans. Andrés Bosh. Madrid: Ediciones Guadarrama, 1969.
- Carballo, Emmanuél. "El mundo mágico de Elena Garro." *Siempre* 24 Feb. (1965): 15-16.
- Fiedler, Leslie. "The Invention of the Child." *The Collected Essays of Leslie Fiedler*. Vol.1. New York: Stein and Day, 1971.
- Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Trans. Elsa Cecilia Frost. México: Siglo XXI, 1993.
- Franco, Jean. *Plotting Women. Gender and Representation in Mexico*. New York: Columbia University Press, 1989.
- Garro, Elena. "La semana de colores." *La semana de colores*. México: Grijalbo, 1987.
- Matz, Magali. "Una aproximación al paisaje cotidiano: Narrativa femenina mexicana." *Cuadernos de Aldea* 2-3 (1983): 113-14.
- Masiello, Francine. "Texto, ley y transgresión: especulación sobre la novela(feminista) de vanguardia." *Revista hispanoamericana* 807 (1985): 132-33.
- McHenry, Patrick J. *A Short History of México*. New York: Doubleday and Company, 1970.
- Paz, Octavio. *Los hijos del limo. Del romanticismo a la vanguardia*. Barcelona: Biblioteca de bolsillo, 1987.
- Poster, Mark. *Critical Theory of the Family*. New York: The Seabury Press, 1980.

Rojas-Trempe, Lady. "La alteridad indígena y mágica en la narrativa de Elena Gatto, Manuel Scorza y Gioconda Belli." *Alba de América* 9 (1991): 141-52.